

# Luis José de Tejeda y Guzmán: espejo de peregrinos penitentes

Escribe: DARIO ACHURY VALENZUELA

Graciela Maturo, docta escritora argentina, ha escrito un estudio documentado y erudito bajo el rubro de **Luis de Tejeda y su peregrino místico**, editado por el Instituto de Literatura Argentina "Ricardo Rojas", de la Universidad de Buenos Aires.

Por tratarse de un escritor de la época colonial argentina, poco o nada conocido entre nosotros, estimo pertinente, antes de comentar el muy interesante ensayo crítico de la señorita Maturo, consignar aquí, a guisa de preámbulo, algunos datos biográficos de Luis de Tejeda.

Luis de Tejeda y Guzmán nació en Córdoba del Tucumán el 25 de agosto de 1604. Fueron sus padres don Juan de Tejeda Mirabal y doña María Guzmán de la Vega. Por la línea paterna fue su bisabuelo don Hernán Mexia de Mirabal, y su abuelo, don Tristán de Tejeda. Por la línea materna fue su abuelo el general Pablo de Guzmán, teniente de gobernador de la provincia en repetidas ocasiones. El padre de éste, don Luis de Guzmán, fue caballero de mucha distinción, de la casa de Medina Sidonia. Nació en Guadalajara, España y vino a Colombia como gobernador de la ciudad de Popayán. Don Luis se embarcó en Sanlúcar de Barrameda el 15 de octubre de 1556. Desempeñó su cargo hasta mediados de 1562, cuando fue promovido al gobierno de Panamá, donde murió poco después. Durante la administración de don Luis de Guzmán, el yerno de Sebastián de Belalcázar, don Alonso de Fuenmayor, fundó la ciudad de Guadalajara de Buga en el año de 1560.



Don Juan de Castellanos, en una de las octavas reales de su **Elegía de varones ilustres de Indias**, refiere que don Luis sucedió en la gobernación de Popayán a don Diego García de Paredes, quien en realidad no alcanzó a posesionarse de su cargo, porque cuando se disponía a hacerlo fue muerto por los indios caracas. Más adelante dice Castellanos:

*“La real Majestad, por muerte suya,  
a Luis de Guzmán le dio la suerte,  
Un caballero de Guadalajara,  
Hombre de gran valor y limpia vida,  
A quien después el rey por mejoría  
Dio la de Panamá, donde la parca,  
Hechas las diligencias de cristiano,  
Cortó los hilos de la vital trama,  
Con gran dolor de los que lo perdieron”.*

(**Elegías de varones ilustres**, edición caraqueña de 1932, t. II, pág. 202).

Otro hermano de don Pablo de Guzmán, abuelo materno de don Luis de Tejeda, el llamado Martín de Guzmán, contrajo matrimonio con una de las hermanas de Santa Teresa.

Luis de Tejeda cursó estudios en el Colegio Máximo de los jesuitas de la ciudad de Córdoba. Allí aprendió el latín, el griego y el hebreo. Sobresalió tanto en estas disciplinas humanísticas, que se le llamó con razón “oráculo de la Universidad de Córdoba”. Se entregó entonces a la lectura de los clásicos griegos y latinos como también a la de las Sagradas Escrituras y de algunas obras de exégesis bíblica. En un principio quiso abrazar el estado eclesiástico, pero luego, apenas obtenido su bachillerato en artes, abandonó las aulas del Colegio Máximo. Sus padres pensaron en un principio enviarlo a España con el doble propósito de que allí continuase sus estudios y de apartarlo de los peligros que podría correr en Córdoba; pero inesperados sucesos familiares los obligaron a desistir de su proyecto inicial.

En 1620, cuando frisaba en los 16 años, Luis se entrega, en compañía de sus hermanos Gabriel y Gregorio, a los devaneos del amor, a ruidosas aventuras galantes que tienen como fondo duelos y desafíos. En 1625 ingresó aquel en la carrera de las armas, combatió a los indios del Chaco, de Tucumán y de Río Cuarto,



acudió a la defensa de Buenos Aires, cuando fue atacada por piratas holandeses y por la “nación caribe y brava del calchaquí sacrílego, indomable”. Cuando su padre enfermó gravemente, asumió Luis José las funciones de mayorazgo de la familia y concluyó los trámites iniciados por su progenitor para mudar en convento de monjas carmelitas su casa de habitación, mudanza que don Juan prometió a Santa Teresa por la milagrosa curación de su hija María Magdalena y por haber vuelto al buen camino a sus hijos descarriados en los laberintos venusinos de la colonial Córdoba del Tucumán. Es entonces cuando los tres hermanos, tocados de la gracia divina, truecan la coyunda de los amores livianos por la del matrimonio sacramental. A la muerte de su esposa, doña Francisca de Vera y Aragón, acaecida en 1661, don Luis, huyendo de sus enemigos, se refugia en la sierra que circunda a Córdoba. Allí, fugitivo y pobre, piensa en la vanidad de sus desvaríos amorosos, reflexiona en la caducidad del poder y de las riquezas mundanas y decide ingresar como lego al Convento de Santo Domingo de Córdoba. En 1663 comenzó a escribir su poema autobiográfico, más conocido por el nombre de **El Peregrino en Babilonia**, que debió constar de tres partes, pero sólo han llegado a la posteridad las dos primeras, junto con algunas poesías sueltas, de tema místico, tales como la “Canción sáfica a Santa Teresa de Jesús”, “Soliloquios del Niño Dios el día de Navidad en su pesebre”, “Redondillas a la jura del Misterio de la Concepción de Nuestra Señora”, “Los celos sin agravios” y “El Phenix de amor”. Tejeda murió en 1680, a la edad de 76 años.

Cuando se trata de matricular a Tejeda de Guzmán en determinada escuela poética del siglo XVII, los autores de manuales de la historia de la literatura argentina no se muestran muy acordes. Unos lo ubican en el grupo de poetas gongoristas de América, grupo al cual pertenecieron ciertamente “El lunarejo” peruano y el colombiano Hernando Domínguez Camargo. Otros lo afilian a la escuela clásica y renacentista de Lope de Vega. Don Julio C. Caille-Bois dice que “cuando (Tejeda) imita la poética barroca sólo aprovecha las formas exteriores (vocabulario, sintaxis, simetría, aposiciones), pero no logra siempre animar con forma y color la expresión que propende a lo intelectual y abstracto”. De esto se tratará más adelante con la debida detención.



La obra de Tejeda se conoce en Argentina —e infortunadamente no entre nosotros— a través de tres sucesivas ediciones de otros tantos manuscritos disputados como copias del original. Los tres editores: don Ricardo Rojas, don Enrique Martínez Paz y don Jorge M. Furt han elegido títulos distintos para sus respectivas ediciones: **El Peregrino en Babilonia y otros poemas de don Luis Tejeda** (Buenos Aires, 1916); **Coronas Líricas** (Córdoba, 1917) y **Libro de varios Tratados y Noticias** (Buenos Aires, 1917). La enumeración de estos títulos revela, en cierto modo, el punto de vista de cada uno de los editores con respecto al contenido global de la obra de Tejeda. La variedad de temas que ella abarca en general, su forma de expresión en prosa y verso y el diverso tono que distingue sus piezas integrantes (místico, profano, autobiográfico, narrativo, lírico) han contribuido en gran parte a que quienes se han ocupado de ella le hayan dado muchas y diversas interpretaciones, todas ellas parciales, puesto que se subordinan a uno o varios aspectos de la obra, perdiendo de vista su conjunto de entidad literaria integral.

Con el objeto de contribuir a esta total interpretación de la obra de Tejeda, la escritora argentina Graciela Maturo ha publicado el ya citado ensayo crítico: **Luis de Tejeda y su peregrino místico**. En este estudio se propone la autora dar relieve especial al rico y profuso simbolismo que la obra del poeta cordobés entraña, delinear la estructura que informa y sustenta al texto original y describir los afluentes literarios que confluyen en el caudaloso cauce por donde discurren, vivos y palpitantes, el verbo poético y las aventuras celestes y las peregrinaciones babilónicas del autor.

Veamos, ante todo y con palabras de la misma autora, cómo ha elaborado ella un plan esquemático, dispuesto en series paralelas de temas, de la complicada y hasta cierto punto desordenada estructura de la obra literaria de su egregio compatriota.

“El texto ofrece una sucesión alternada de elementos con cierta autonomía, en prosa y en verso, y enuncia la inclusión (no cumplida) de unidades dramáticas breves. La alternancia de prosa y verso corresponde a disímiles actitudes espirituales del autor, cuales son la disposición narrativa o expositiva de sucesos históricos y familiares, temas teológicos, filosóficos, morales



(prosa) y la transposición de esos mismos elementos al plano lírico-simbólico (poesía).

“Dos líneas estructuradas enhebran esas diferentes secuencias, configurando dos series independientes aunque de íntima relación, intencional, hecho que afirma la unidad de la obra, bien perceptible a pesar de hallarse incompleta. Una de esas líneas tiene como centro la figura de la Virgen, guía y modelo del peregrinaje; la otra, que muestra y rebasa los niveles autobiográficos se centra en la figura del peregrino”.

Entre estas dos series, coloca la autora cuatro composiciones (unas en prosa, otras en verso) que pudieran llamarse epícenos, por cuanto participan del carácter distintivo de una y otra de las series anteriores.

María, “Estrella de los mares, Guionada deseada”

El peregrino inicia su romería bajo la guía y protección de María Deípara. A medida que discurre el relato, va acompasando él sus pasos con las instancias de los misterios del rosario profundamente meditados. Un destello del amor idealizado, del amor platónico, aureola, en determinados pasajes de la obra, la figura cimera de María con grato acento petrarquista. Las distintas estancias del rosario, seguidas con cadencioso paso lírico, van desplegando ante el lector los prodigios de la vida de María como lirio del valle y como rosa de la vara de José, como madre nutricia y mujer de dolores, cuyo culto se remonta, prefigurado, a las más remotas culturas de Oriente y Occidente, y cuyo múltiple simbolismo se enuncia y describe en los libros de la Patrística cristiana, en las caudalosas fuentes de la exégesis bíblica, en la hagiografía mariana. Simbolismo que se torna ritmo y melodía en las obras de los poetas de Francia, Italia y España, en las cantilenas de los trovadores castellanos y provenzales, que desde el medioevo, han cantado las glorias y excelencias de María Deípara. Perennes monumentos de la poesía marial son las Cántigas de Santa María, de Alfonso el Sabio; Los Milagros de Nuestra Señora, de Gonzalo de Berceo; los Miracles de la Sainte Vierge, de Gautier de Goinoy; Las lamentaciones de Nuestra Señora y el Stabat Mater de Jacopone de Todi; El Chant Royal, de Catherine d'Amiens; el Cantique de la Vierge Marie, del cardenal du Perron y la Ballade pour prier Notre Dame, de François Villon. Esta tradición lírica se perpetúa, a través de los tiempos, en los poemas



hiperdúlicos de Verlaine, Francis Jammes, Peguy, Claudel y Max Jacob.

### El juglar de Nuestra Señora

Una página digna de figurar en uno de los muchos ejemplarios mariológicos que se escribieron en el medioevo, es la que cita la señorita Maturo, tomándola de la obra de Tejeda. Trata aquella de una especie de juglar o trovador errabundo que se ha extraviado en una fragorosa noche de tempestad y sin saber cómo acierta a llegar a una de las casas del fundo de la rumorosa y apacible campiña de Saldán. Esta especie de “buen salvaje” golpea a la puerta de la mansión. En esta habita una familia muy devota de la Virgen, que desde hace tiempos espera a que alguien entendido en el arte de la música arregle, concierte y armonice la letra de los himnos de un ejemplar del Oficio Parvo de la Virgen María, que ha llegado a sus manos. El dueño de casa, tomando las precauciones del caso, pues no faltaban por allí indios o salteadores, sale a abrir la puerta. Desconcertado en el primer momento a la vista de la espantable traza del inesperado visitante, presto se tranquiliza al vislumbrar, entre la enmarañada barba y la greñuda pelambre del visitante nocturno el destello de una sonrisa y de una mirada joviales. El extraño caminante refiere en breves palabras su aventura y su extravío. A fuer de buen cristiano, el señor del fundo saldanés le brinda hospitalidad. Pasados algunos momentos, los dueños de casa le piden al errante peregrino que aguarde un momento mientras ellos se dirigen a la capilla a rezar el rosario. Cuando la familia entona en coro la Salve, aquel se encamina al oratorio y silencioso espera a que termine el canto. Luego, sacando de debajo del brazo un discantillo, “lo templó, y al son del cantó una letra en alabanza a la Virgen y otros muchos romances al mismo asunto, con una admirable voz y no poca destreza”. Terminadas sus trovas, el juglar fue invitado a participar en la cena familiar. En el curso de ella, el joven narró a los presentes, sus aventuras y desventuras en tierras de indios, en cuyos breñales se vio obligado a buscar refugio. Los dueños de casa diputaron ser milagro los inesperados sucesos de aquella noche, maravillosa a pesar de la tormenta. Del cielo les había llovido ciertamente el tan esperado maestro de concientos y armonías, quien, al cabo de breves días, musicalizó todo el himnario de las horas canónicas, y enseñó a cantarlo a toda aquella familia, que ya lo miraba como



uno de los suyos. Despidiéndose de todos, el jovial trovero tomó el camino, ya no de Babilonia, sino de Jerusalén, que así pudiera llamarse a su Córdoba natal, en uno de cuyos conventos buscó refugio, como lego, hasta el fin de sus días.

Cree la señorita Maturo que el greñudo juglar es el mismísimo don Luis, en cuanto a su porte gentil, su afición a la música y su devoción a María atañe; pero en cuanto a su aparente traza de cavernícola, bien pudo servirle de modelo vivo para el relato un joven tucumano, llamado Juan Bautista Muñoz, quien, por motivos desconocidos, huyó al monte, buscó refugio en una tribu de indios hostiles, rehuyendo todo contacto con cristianos hasta que, a viva fuerza, fue apresado y puesto en manos de la justicia. Fue así como don Luis de Tejeda poniendo algo de lo suyo y otro tanto del tal renegado Muñoz, elaboró su deleitosa leyenda.

En otra parte de su ensayo, la autora reproduce el relato que hace don Luis, en forma de parábola, sobre el caso de un devoto del rosario al cual, a medida que iba rezando y por cada avemaría que pronunciaba, le brotaba de la boca una rosa. Con estas flores la Virgen, que entonces se había hecho presente en medio de un coro de ángeles, iba formando una guirnalda con la cual se ciñó la cabeza tan pronto como su devoto terminó el rezo de los cinco misterios gloriosos del rosario. En esta parábola encuentra Graciela Maturo cierta semejanza con uno de los **Milagros de Nuestra Señora**, de Gonzalo Berceo, el intitulado “El clérigo y la flor”.

El “Fénix de amor” es uno de los tópicos más comunes de la literatura mística española del Siglo de Oro. De su influjo no puede escapar, desde luego, el cordobés Tejeda, quien así intitula uno de los poemas que integran su obra, escrito en silvas armoniosas. En él expone su teoría neoplatónica del amor con indudables reminiscencias petrarquistas y presenta a San José como el ave etiópica de que habla Herodoto; el fénix se abrasa en su nido de incienso, cardamomo y demás plantas aromáticas, para renacer de sus cenizas. Cabe aquí recordar que este tópico del “ave fénix” se da con frecuencia en los autos y loas de Sor Juana Inés de la Cruz y a cada paso en los **Afectos Espirituales** de nuestra mística escritora, la monja Francisca Josefa de Castillo.



## El peregrino en Babilonia

Luego la señorita Maturo pasa a examinar la que, según ella, constituye la segunda línea estructural de la obra de Tejeda; línea de carácter eminentemente autobiográfico y cuyo protagonista o figura central es, por lo tanto, el propio autor, quien a sí mismo se da el nombre y se lo da también a su poema, de **El peregrino en Babilonia**.

En cuanto a su forma métrica, el octosílabo en tonalidad de romance, puede decirse que es la más apropiada para la narración espontánea y fluida de la vida del autor, de su bordonería por los azarosos caminos que lo conducen de la Babilonia de su perdición a la Jerusalén de su definitiva liberación y redención. El subtítulo de este poema —**Romance de su vida**— explica y corrobora su intención autobiográfica. El poema comienza así:

*“La ciudad de Babilonia,  
Aquella confusa patria  
Encanto de mis sentidos.  
Laberinto de mi alma;  
Aquella que fue mi cuna  
Al tiempo en que el sol pisaba  
La cola del Escorpión.  
Y él la miraba con rabia;  
Mientras canto y mientras lloro,  
Y entre memorias pasadas  
Refieren agravios presentes,  
Me escucha desde su alcázar.  
Para cantarlos me siento  
sobre la arenosa falda  
Deste humilde y pobre río  
Que murmura a mis espaldas.  
No para cantar como él  
Que entre dientes siempre habla  
Porque ya más desengaños  
Piden verdades muy claras.  
Ya esta será la postrera  
Vez que busque consonancias  
Mi voz al soplado viento  
Después de cantar colgada  
No ha de ser ya mi instrumento  
Más el viento sino el agua”.*



A propósito del primer verso, don Ricardo Rojas anota que “a continuación de la palabra **Babilonia**, en el margen dice (Córdoba), entre paréntesis, con la misma pluma y tinta del coplista...”. Luego por Babilonia ha de entenderse aquí la ciudad natal de Tejeda, o sea Córdoba del Tucumán, considerada unas veces como su patria nativa, como pedazo entrañable de su tierra argentina; y otras como la Babilonia escatológica, como “la madre de las prostitutas y de las abominaciones de la tierra”, cual la define San Juan en su **Apocalipsis** (cap. 17, v. 5). Tejeda le da a la palabra Babilonia un doble sentido; uno alegórico-bíblico, y otro real-histórico. La imaginación del poeta va del primero al segundo, y viceversa, en un ritmo pendular que requiere del lector una doble atención y una relectura constante para evitar que el velo de las apariencias le conturbe la visión de la realidad. El tema insistente de Babilonia, desde el comienzo del poema hasta su culminación, tiene su explicación en la exégesis bíblica, la cual sostiene que en una primera batalla Jerusalén será vencida por Babilonia; más en un segundo combate, que será el definitivo, la ciudad de Satán será abatida por la ciudad de Yahvéh, y que la contienda terminará con el juicio final de Dios, quien elegirá a Jerusalén por Esposa y precipitará a Babilonia al estanque de fuego. Ahora bien, estas alegóricas contiendas se librarán en el alma del poeta cordobés en el discurso de su accidentada vida y su fin será el retorno a la ciudad de Dios, figurada, para el caso, en el convento de dominicos a donde Tejeda fue a expiar sus culpas y en busca de la paz perdurable.

Los últimos versos del romance citado son una paráfrasis alegórica de la introducción del salmo 136 que, según los escriturarios, es irreductible a cualquiera de las categorías conocidas entre los géneros de salmos. Para unos es una balada, para otros un poema imprecatorio, y para no pocos es una lamentación conjunta de los desterrados de Babilonia, en el lugar de su destierro, para recordar sus desventuras. Sea lo que fuere, el inicio de este salmo se ha convertido en tópico de la literatura mística occidental.

No me parece fuera de propósito citar aquí un pasaje de uno de los **Afectos Espirituales** de la mística colombiana, ya citada, la Venerable Madre Francisca Josefa de Castillo, pasaje que bien hubiera podido haber escrito Tejeda, pues en él se nos da, a lo divino, una síntesis de lo que fue su vida. Escribió, en efecto, Sor



Francisca en su afecto 19º: “Oh, pues, alma mía, en las olas procelosas de este mar grande, en las corrientes tristes de esta gran Babilonia, donde lloras, suspensos los instrumentos de tu música, donde no oyes las canciones de la Santa Sión, ni suena la cítara ni el salterio de tu alegría; donde sólo oyes voces de lamentaciones al son de las cadenas que arrastran cautiva en esta noche oscura, donde no puedes tener gozo, pues no ves la luz del cielo. Busca la estrella de la mañana, llama a María, mira que es estrella y norte para salir a puerto. Pues te cercan las angustias, los peligros, las tentaciones, las dudas, las fatigas, el cansancio, no la dejes del corazón ni de los labios; y no temas ni te fatigues, que es Madre de la vida, de la luz y de la misericordia” (Ob. cit. pág. 58).

Conviene anotar, además, que cuando Tejeda moría en Córdoba, nuestra hermana Francisca llegaba, en Tunja, a la edad de nueve años. El tópico de “junto a los ríos de Babilonia” se repite nueve veces en todo el discurso de los sentimientos espirituales de la religiosa colombiana.

En la primera parte del **Libro de Varios Tratados y Noticias**, Luis de Tejeda narra en romance octosílabo sus livianos amores y licenciosos devaneos con Anarda y Lucinda, sus duelos y lances, sus riesgos y desafíos, sus aventuras milicianas, sus quebrantos de alma y lacerías del cuerpo. Frisa entonces el galán en sus dieciséis abriles floridos. Babilonia-Córdoba es el teatro de sus tempranas hazañas venusianas y de sus peripecias de soldado. Hijodalgo de fortuna, la vida le brinda a manos llenas sus más sápidos frutos. Compañero de sus andanzas donjuanescas es su hermano Gabriel (el Gerardo de su romance), prendado de Cassandra, ciertamente no agraciada ella con el carisma de la profecía como la hija de Príamo y de Hécuba. De haberlo sido, no habría caído en las redes amorosas de su galán, ni creído en sus atolondradas promesas de hacerla su esposa.

Don Luis —él también fénix de amor— se consume en los abrasadores fuegos de su pasión por Anarda (Ana Bernal de Mercado en su vida real), y de sus cenizas renace, límpido y casto, un nuevo amor, el que siente por doña Francisca de Vera y Aragón, la Anfrisa de su poema, con quien contrae matrimonio. Anfrisa es la encarnación del amor ideal, neoplatónico, depurado de las escorias de la pasión carnal. Anfrisa simboliza a la mujer fuerte del Evangelio: hacendosa, sumisa, que vive y se desvive



por su esposo, y de él se ufana. Pero don Luis, naturaleza viable e inconstante, presto se cansa de las apacibles delicias del hogar y busca, una vez más, en otro “loco amor” la satisfacción de su vehemente pasión de donjuán empedernido. Y a curar este frenesí acude ahora Lucinda, íntima amiga de Anfrisa. Don Luis acosa a Lucinda en todo tiempo y lugar, así sea aquel el de cuaresma y penitencia; y éste, el templo a donde ella va en busca de confesor. Llama de amor éste, que solo dura un instante. Por Pascua de Resurrección muere Lucinda, don Luis, no repuesto aún de su duelo, retorna entonces a los brazos de su esposa, la Anfrisa resignada, solícita y comprensiva.

Santa Teresa, paño de lágrimas...

Doña Graciela Maturo percibe en la obra de Tejeda notorias influencias de Santa Teresa, ya desde el punto de vista propiamente literario, ya desde el punto de vista meramente biográfico. Las razones de tales influencias son de fácil explicación. En efecto, y como ya se dijo, una hermana de la doctora de Avila contrajo matrimonio con don Martín de Guzmán, hermano de don Pablo de Guzmán, abuelo materno éste de don Luis de Tejeda. Cuando don Pablo viajó de España a Córdoba de Tucumán, trajo consigo, amén de la devoción a su santa parienta, algunas de las obras de ella. Años más tarde, don Pablo cedió a su yerno, don Juan de Tejeda, padre de Luis, los libros de Santa Teresa, junto con una imagen de la misma que a su costa había hecho esculpir y traer de la Península.

Desde entonces, la Madre Teresa se vio convertida en la intercesora, árbitro y curadora de cuantas dolencias del alma y del cuerpo, litigios de amor y quebrantos de hacienda sacudieron al frondoso linaje de los Tejeda. En dos ocasiones sanó de gravísimas dolencias a María Magdalena, la minorazga de la familia. En otra ocasión libró de los lazos de un matrimonio clandestino y morganático a Gregorio, que paró en dominico predicador. Otra vez sustrajo a Gabriel del peligro de unas bodas propincuas con una barragana suya, y, finalmente, gracias a la intervención de la mística doctora, don Luis se vio exento de graves riesgos y peligros en el curso de su ardua peregrinación babilónica hasta el día en que, como sus hermanos, trocó las delicias de los vinos de Venus por el burdo sayal de los penitentes, refugiándose en un monasterio de hijos de Santo Domingo.



En cuanto a la influencia mística y literaria de Santa Teresa en el **Libro de varios trabajos**, de Tejeda, apenas queda enunciada de paso como simple posibilidad en las páginas que la señorita Maturo dedica al escudriño del poema del gran cordobés. Estoy seguro de que un estudio especialmente enfocado a la investigación de las fuentes teresianas en la obra de Tejeda, daría resultados muy positivos, como efectivamente lo son los obtenidos del análisis de **Los Afectos Espirituales** de nuestra escritora mística, la Madre Francisca Josefa de Castillo, más alejada, en el tiempo y en el espacio, de Santa Teresa, que el mismo Tejeda, cognado, además de la ilustre carmelita abulense.

### **Tópicos místicos en "El Peregrino"**

Al reiterado empleo que hacen los escritores místicos de ciertas locuciones o sentencias breves, de metáforas y símbolos inspirados en la mitología pagana, pero trasladados a "lo divino", como también al uso frecuente de comparaciones de fenómenos de la naturaleza para explicar elaciones de alma y raptos del espíritu, etc., se les suele dar el nombre de "tópicos místicos". Varios ejemplos de tales tópicos se dan en las piezas en prosa y en verso que constituyen el conjunto de la obra de Tejeda. La señorita Maturo cita algunos de ellos: Santa Teresa es "la hermosa Ariadna", "la fille de Minos et Pasiphae", en el intrincado laberinto de la vida del peregrino. Las tentaciones e incitaciones a la vida liviana que al poeta asechan en las plazas y calles de su Córdoba natal, son "Circes encantadoras". El monte que asciende hasta el cielo estrellado, es "la ciudad de Dios", cuya cima corona el romero fatigado que en lo hondo ha dejado a la ciudad de Satán, la Babilonia pecadora, descrita por San Juan en el Capítulo 17 de su **Apocalipsis**. San José como encarnación del "Fénix de Amor", es metáfora de nítido abolengo "**Muere Phenix, i abrazada,/ Culta le renace pluma,/ De los cisnes, que la espuma/ Del Tajo ilustran sagrada,/ Dignamente celebrada**". (Ed. Foulché-Delbosc., t. II, pág. 9). María es llamada "divina y celestial Pandora". En la literatura ascética se le suele dar este nombre a Eva, porque fue ella quien trajo toda suerte de males a la humanidad. El **Ave** de la salutación angélica como inversión literal del nombre de Eva, tal como reza el Himno de Vísperas de Adviento: "**Sumens illud Ave/ Gabrielis al ore/ funda nos in pace/ mutans Hevae nomen**". El alma del peregrino extraviada "por los burdeles de Chipre/ y almacenes de Accidalia", es clara reminiscen-



cia del virgiliano: “At, memor ille/ Matris Acidaliae...” (Eneida, lib. I, vs. 719-720). El Monte Sión (sobre el cual se halla fundada la Jerusalén Santa) y la montaña del Purgatorio tienen un mismo horizonte en opuestos hemisferios, comparación esta que muestra el indudable cuño de Dante (1). María siguiendo los pasos de su hijo por la vía sacra, es para Tejeda “trágica y dolorosa Euterpe mía”. Ciertamente no es fácil adivinar la similitud entre la Virgen Dolorosa y la cuarta musa, inspiración de los flautistas.

Prosiguiendo el tema de los tópicos propios de la literatura mística, encontramos que la comparación del hombre con el jumento que no entiende es típica de la literatura sapiencial. Tal parangón se da en el siguiente texto de Tejeda, citado por Graciela Maturo en su ensayo crítico. Indeciso y sumido en mil cavilaciones, se le aparece al peregrino un hombre que:

*“Me llama que le siga y yo lo sigo  
y sin parar me dice lo que digo:  
pudieras compararte a tu caballo;  
pues David, aunque tenga entendimiento,  
si le encanta algún vizio  
y pierde del discurso el ejercicio,  
compara al hombre a un mísero jumento...”*

El símil davídico que trae a cuento Tejeda en el trozo citado se halla expreso en el versículo 13 del salmo 48: “**Et homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis**”. Una variante de esta comparación se da en el salmo 72, versículo 22: “Ignorante era yo y no entendía, como un jumento fui delante de tí”.

La obra de la monja clarisa colombiana sor Francisca Josefa de Castillo, tantas veces citada, abunda en este tópico, como lo demuestran los siguientes textos tomados del libro de sus **Afectos Espirituales**. Y él (el hombre), por no querer entenderlo, hecho como los jumentos incipientes (Af. 148, p. 332). “Y no queriendo (el hombre) entender para obrar bien, es comparado con los jumentos incipientes y hecho su semejante, (Af. 155,

---

(1) “...imagina Sion/ an questo monte in sua terra stare/ si, ch’amen-  
due hanno un solo orizzon/ e diversi emispheri” (Purgatorio, canto IV,  
vs. 67-70).



p. 348). "...mas el hombre, como estuviera puesto en honor, no quiso entender por no hacer bien, y fue hecho como jumento desconocido e incipiente" (Af. 170, p. 390).

#### Resonancias clásicas en la obra de Tejeda

Muchas y de diversa condición y apariencia, son las influencias y repercusiones literarias que la señorita Maturo percibe en la obra de Tejeda: Homero, Virgilio, Horacio, Petrarca, el Dante, Berceo, Cervantes, Lope, Góngora, etc. A través de los fragmentos de la obra del escritor cordobés, que citan don Ricardo Rojas, en su **Historia de la Literatura Argentina**, y la señorita Maturo en su ensayo-crítico, no parece improbable que los petrarquistas de la primera y de la segunda etapa del Renacimiento español hubieran podido ejercer sobre él cierta influencia. Sería interesante rastrear en **El Peregrino** vestigios de Boscán, Garcilaso, Gutierre de Cetina, fray Luis de León de Herrera.

#### El jinete propone y el caballo dispone

En su análisis de la obra de Tejeda, la autora cita el texto de un pasaje en el cual el peregrino, presa de indecisión, embargado de contrarios pensamientos y sin acertar qué camino escoger, delega en su caballería la determinación de tomar la ruta que bien le plazca. Tal texto reza así:

*"Si como digo tantos desengaños  
de que el más sabio rey hizo experiencia  
previnieran mis más maduros años  
yo con más alegría  
tolerancia y paciencia  
llevara el duro golpe y la violencia  
de aquel infausto día  
y mi infeliz estado  
no me dejara tan desesperado  
que sin saber adónde y cómo iba  
el caballo busqué (mi fiel caballo)  
amigo solo que hasta allí me traía  
más por echar a mi desgracia el sello  
al coger del freno, torció el cuello  
y por plazas y calles  
tras de sí me llevó en tropel confuso  
hasta llegar a un áspero camino  
(que es árbitro de dos contrarios valles*



*que por el norte y por el sur se miran)  
cual si tuviera racional destino.  
Paró obediente y me miró a la cara  
y subí en él sujeto al freno y vara  
Deste pues leal amigo  
que solo me quedó de mi fortuna  
la elección sola sigo  
y al resplandor menguante de la luna  
hacia el valle del norte va, y me guía  
por un florido y apacible prado  
que por antiguo instinto conocía  
de que estaba yo muy olvidado”.*

Esto de que el jinete decline en su cabalgadura la facultad de elegir la senda por seguir cuando se llega a un bivio o encrucijada de caminos, es cosa que, al decir de don Diego Clemencín, sucedía frecuentemente a los caballeros andantes, según refieren sus historias. Un ejemplo de esta iniciativa equina nos lo da Cervantes en el capítulo segundo de la primera parte del **Quijote**: Don Alonso Quijano hace su primera salida en busca de aventuras. Después de haber recorrido largo trecho de su camino, cae en la cuenta de que aún no ha sido armado caballero. Don Quijote titubea entonces, ¿Regresa o no regresa a cumplir primero con esta formalidad de la andante caballería? Pero luego resuelto a hacerse armar como tal del primero que topase, “se quietó prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistiría la fuerza de las aventuras”.

Comentando este episodio, don Miguel de Unamuno recuerda que también Iñigo de Loyola se dejó llevar de su caballo, en famosa aventura, al azar de unos senderos. Escribe al respecto el egregio rector de la Universidad de Salamanca, citando a su vez al padre Rivadeneyra: “...cuando yendo Ignacio camino de Monserrate ‘topó acaso con un moro de los que en aquel tiempo quedaban en España en los reinos de Valencia y Aragón’ y ‘comenzaron a andar juntos, y a trabar plática, y de una en otra vinieron a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen Señora’. Y tal se puso la cosa, que Iñigo, al separarse del moro, quedó ‘muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer; porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a darse prisa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar



tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla'. Y al llegar a una encrucijada, se lo dejó a la cabalgadura a, según el camino que tomase, o para buscar al moro y matarle a puñaladas o para no hacerle caso. Y Dios quiso iluminar a la cabalgadura, y 'dejando el camino ancho y llano por do había ido el moro, se fue por el que era más a propósito para Ignacio" (**Vida de don Quijote y Sancho**, final del capítulo IV).

#### **Visiones del otro mundo y viajes al Paraíso**

Por lo que alcanzamos a columbrar a través de los diversos textos de la obra de Tejeda, que en su ensayo cita Graciela Maturro, y de los que trae don Ricardo Rojas en el capítulo pertinente de su **Historia de la Literatura Argentina**, parece que el autor refiere, ya en prosa, ya en verso, sus visiones de ultramundo y sus vislumbres del Paraíso a todo lo largo de su peregrinaje babilónico. Se nos ocurre en este punto que, remontando la corriente hasta su manadero en busca de las posibles o remotas fuentes literarias de tales visiones y viajes al Edén en el poema de Tejeda, no sería imposible hallar curiosas coincidencias, concomitancias o antecedentes en alguno de los muchos relatos que sobre el mismo tema se han descrito desde los primeros siglos de nuestra era hasta bien pasado el medioevo. Entre tales visiones pueden citarse, a guisa de ejemplo, los **Apocalipsis** de Esdras y de Pedro, las **Visiones** de Perpetua y San Pablo, la narración de Zósimo, los deslumbramientos de San Salvio y de Sunniulf, discurrendo luego por la **Leyenda de Barlaam y Josafat** y prosiguiendo más adelante la ruta de otras fantasías como las de Alberico, Baronto, Gunthm, San Galgano, Luis de Francia hasta llegar a las de los monjes Eynsham y Wenlock, etc., etc.

En cuanto al tema de los viajes al Paraíso, su cantera es inexhausta, desde las **Etmologías** de San Isidoro de Sevilla y las **Sentencias** de Pedro Lombardo, pasando por las narraciones anónimas de **De imagine mundi**, **De situ terrarum** y de **El relato de Eliseo** hasta **El Tesoro** de Brumeto Latini, **La Divina Comedia**, **La Voie de Paradis**, de Rutebeuf, y la **Vida de Sancta Oria Virgen**, de Gonzalo de Berceo.

Para esta exploración de fuentes literarias, juzgamos de mucho provecho consultar el libro de Howard Rollin, Patch, intitulado **The Other World According to Descriptions in Medieval**



**Literature.** La traducción española de este libro, editada por el Fondo de Cultura de México en 1956, trae como apéndice un completo y erudito ensayo de María Rosa de Malkiel sobre “La visión de trasmundo en las literaturas hispánicas”.

### **El Peregrino de Lope**

No sabemos si Tejeda leyó alguna vez **El peregrino** en su patria, novela de Lope de Vega que es también un relato de fantásticas aventuras, entreverado con varias poesías, entre ellas la famosa égloga de Camila Lucinda, (homónima de una de las amantes de Tejeda). Tanto en la novela lopesca como en el poema del argentino se leen los consabidos lances de amor, parecidas historias de fantasías y milagros, parejas disertaciones teológicas y consideraciones morales, las alternas inserciones de versos y prosa y las ineludibles confesiones autobiográficas. Estas aparentes similitudes no autorizan la afirmación de una influencia de la novela del “fénix de los ingenios” en el relato lírico-prosado de Tejeda. A lo sumo podría hablarse de simples coincidencias aisladas, inevitables en cualquier crónica de romeros extraviados, a partir de la **Peregrinación de la vida humana** del fraile cisterciense Guillaume de Digulleville, quien la escribió allá por el año de 1330.

### **El Peregrino Indiano**

No vale la pena citar, ni siquiera como mero antecedente literario en el orden cronológico, el desdichado engendro poético que, en “sesenta días de navegación con balanceo de nao”, escribió el mejicano Antonio Saavedra de Guzmán, bajo el título de **El Peregrino Indiano**, cuando después de desempeñar diversos cargos en su patria, decidió viajar a España. García Icazbalceta sintetiza el argumento y contenido de este estrafalario poema, que consta de más de 2.000 octavas reales, con estas significativas palabras: “...un verdadero diario de operaciones, adornado con parlamentos de los indios, arengas de Cortés, batallas, tempestades y amoríos de indias: todo pobrísimo”. Alfonso Reyes llamó a Saavedra “poeta de virtud dormitiva” y a su poema “diario de operaciones en rima”.

Lo curioso es que este disparatorio poético, poblado además de vestigios, monstruos, demonios y fieras al ser editado en



Madrid, en 1599, apareció precedido de sendos sonetos laudatorios de Espinel y Lope de Vega.

Por tratar el poema del mejicano de un peregrinaje muy distinto del que emprendió al argentino, no cabe establecer relación alguna entre ellos, ni menos aún sospechar en Tejeda la más mínima impregnación literaria, aun en el supuesto de que este hubiese leído el consonantado cuaderno de bitácora de Saavedra Guzmán.

### Colofón

Al cerrar el breve pero substancioso libro de Graciela Maturo, le queda al lector la nítida impresión de lo que fue el aedo cordobés como hombre y de lo que es en realidad su obra literaria. Como hombre, fue Tejeda un ser múltiple, polifacético: galán apuesto y garrido, hijodalgo manirroto a veces y en ocasiones cicatero, magistrado pacífico y rudo campeador, uncioso y libertino, humanista y trujamán, patrono de conventos y parroquiano de mancebías, arquitecto ocasional e ingeniero fortuito, juglar de romerías y vate cortesano, pecador y penitente. Esta disparidad de carácter y temperamento se refleja en su obra, escrita —como la de Henri de Montherlant, que por algunos aspectos tanto se asemeja al cordobense—, bajo el doble signo de la **alternancia** y del **sincrotismo**: el tema profano alterna, en efecto, con el religioso, la prosa con el verso, la silva con el romance, “el loco amor” con la divina locura, la vara de José con el tirso de las bacantes, las rosas de Sarón con los eriales de Sodoma, la gloria del Monte de Sión con los lupanares de Babilonia y las siete caídas del pecador con los siete levantamientos del justo.

Graciela Maturo es la experta y gentil Ariadna que nos ha guiado a través de los intrincados laberintos de la obra de fray Luis de Tejeda y Guzmán, descifrándonos, de paso, su complejo simbolismo y revelándonos su firme estructura y su recóndita unidad esencial.